

IMPLICACIONES PEDAGÓGICAS DE LA NORMATIVA COVID Y LOS PLANES DE CONTIGENCIA PARA LA CONVIVENCIALIDAD EN LOS CENTROS EDUCATIVOS

Alfredo Hoyuelos, doctor europeo en Filosofía y Ciencias de la Educación

Heike Freire, filósofa, psicóloga y pedagoga

Clara Mastres, pedagoga

La escuela como centro educativo se mueve en la complejidad de ser un lugar de aprendizaje en comunidad. Los niños y niñas aprenden de lo que oyen, ven, tocan y sienten en relación y vínculo afectivo con los y las demás. Y, en gran parte, con las formas como perciben la ética y estética de las actuaciones de las personas adultas y, en este caso que nos ocupa, del profesorado, y sus formas de relación significativa con el alumnado, con el resto de profesorado y personal trabajador de las escuelas y con las familias.

Aprenden de lo que viven y sienten mucho más y de manera más directa que de lo que les decimos o pretendemos enseñarles.

La educación es, ante todo, convivencia en valores. Es un ejercicio fundamentalmente ético. La educación es saludable cuando habita en valores de manera coherente. Y tóxica cuando genera discursos en torno a valores que luego no se llevan a la práctica o se practican justo al contrario. El *primun non nocere* del arte de la medicina puede traducirse en educación en: primero y sobre todo no dañar. No producir un daño moral en las personas.

Una de las primeras funciones educativas de los y las profesionales en la escuela es ofrecer cuidado, salud y bienestar a los niños y niñas. Con las medidas adoptadas en estos protocolos dejamos de ofrecer cuidado y lo cambiamos por seguridad. Etimológicamente la palabra seguridad proviene de *sine cura* (sin cuidado). Han sido y son momentos difíciles y complejos debido al coronavirus, al covid-19 y a las medidas que las instituciones sanitarias y educativas han querido articular para ofrecer seguridad y salud a todos los y las miembros de la comunidad educativa. No obstante, es importante ver la tensión intensa que establecemos entre cuidado y seguridad, y

también cómo entender la salud de forma holística para cuidar el bienestar de todas las personas implicadas.

La seguridad se mueve en las aguas revueltas del control central jerárquico, en forma de protocolos homogeneizantes y estandarizados. Y que, a veces, se imponen en forma de miedo o temor con formas pre-escritas y actuaciones amenazantes descontextualizadas.

Toda la cadena jerárquica, la correa de transmisión de unas órdenes exactas y estrictas se mueve por el miedo al castigo (tome este la forma de críticas explícitas o veladas, una posible exclusión del grupo o incluso una sanción profesional). Se genera un ambiente de tensión y ansiedad (que es miedo cronificado), porque las personas adultas no tienen permiso, ni se sienten capacitadas para gestionar las excepciones, la imprescindible adaptabilidad a las necesidades vitales de las criaturas. La presión, el miedo, la ansiedad, la obsesión de control y la falta de capacidades les llevan generalmente a buscar el cumplimiento angustiosamente milimetrado. De esta forma, generan un clima de angustia que se traslada a las criaturas, un ambiente tóxico donde es difícil crecer saludablemente.

Con la implantación rígida y autoritaria de los protocolos escolares la realidad deja de tener importancia o deja de ser mirada y vista. No podemos olvidar el valor de la veracidad múltiple, diversa y existencial. El protocolo, en este sentido, mira más por la imposición de normas que por el cuidado de cómo se están sintiendo las personas, cada persona diversa singularmente. Esta cara peligrosa y perversa del *sine cura* se preestablece desde el control, la disciplina, la obediencia, el autoritarismo, el dogmatismo impositivo, la vigilancia, la ansiedad, preocupación y cautela paranoica. Es cuando vemos o sentimos, por ejemplo, que nuestra mirada y atención se centra mucho más, por ejemplo, en las mascarillas que en los ojos de las personas.

También nos podemos preguntar cuánto esta visión de la seguridad descuidada ya era con anterioridad una mala praxis docente de algunos y algunas profesionales (no todas ni todos), y que ahora con el territorio covid se ha agudizado o tal vez emergido más. Y que algunas de estas medidas coercitivas con el alumnado y con las familias (por ejemplo, impidiendo su acceso a los centros educativos, o recriminando prepotente e ilegalmente que, en estos momentos, aparezcan a buscar a sus hijos e

hijas sin mascarillas en los patios exteriores) han sido bienvenidas porque ya tenían tierra de cultivo y han sido regadas por deseos ancestrales y convertidas en normativas institucionalizadas y contractuales con las que algunos y algunas docentes se sienten identificados y cómodos.

También nos podemos preguntar cuántos y cuántas profesionales y cómo están enfermando (lo mismo que niños y niñas) por la imposición de dichas medidas no saludables, si somos capaces de entender la salud (desde el modelo biopsicosocial) en toda su complejidad y matices vitales de relación cuerpo/mente/alma, sin jerarquías ni separaciones mecanicistas o positivistas injustas.

Las negligentes, injustas e innecesarias medidas impuestas ya tienen y tendrán consecuencias –a medio y a largo plazo- nefastas para la salud de nuestros niños y niñas, presente y futuro de una sociedad en permanente construcción. El uso impuesto de las mascarillas, las ocultaciones de los rostros, la distancia social obligada impide que los niños y niñas puedan construirse como personas en las relación con sus iguales, como animales sociales que somos, y cubrir sus necesidades afectivas, las coacciones con los geles hidroalcohólicos y con las tomas de temperatura, los absurdos confinamientos (que generan sentimientos de soledad, asilamiento, ansiedad, abuso de pantallas, sedentarismo, falta de serotonina, melatonina y vitamina D), el sometimiento a través del miedo, a la alteridad por ser considerada enemiga, la inmovilización, las desconfianzas en las personas como permanentes peligros, supone una desafección a la escuela, una *escuelafobia*, en lugar de una *escuelafilia*. Una escuela que en lugar de enseñar a amar y cuidar la vida (Biofilia) enseña a temerla, despreciarla e incluso odiarla (biofobia).

Y sin placer, bienestar, deseo por estar en un lugar amado, también esfuerzo o dificultad, es imposible aprender valores, contenidos curriculares, procedimientos, actitudes de carácter humano que construyan una cultura y sociedad basada en el cuidado mutuo, en la confianza recíproca, en los vínculos solidarios, en la fraternidad o sororidad.

En cambio, nuestros niños y niñas están aprendiendo desde el dolor, el miedo, con el peligrosísimo aumento de los niveles de glucocorticoides, cortisol, entre otras

hormonas que en niveles mantenidos altos comprometen fatídicamente nuestra salud y bienestar.

Las fobias, los silencios, la desconfianza, la falta de oxígeno, la indefensión aprendida hace que nuestros niños y niñas en estas circunstancias aprenden a desoír o no escuchar sus propias necesidades.

El distanciamiento, la sospecha, el malestar, el castigo, las permanentes recriminaciones, la estigmatización, las normas, la presión constante, las permanentes incoherencias e incongruencias, todo esto genera personas enfermas. Injustificadamente enfermas en un tramo de edad donde la prevalencia de esta enfermedad es mínima (conviene recordar que la posibilidad de sobrevivir a esta enfermedad en niños y niñas es del 99,9998%) y en la que los niños y niñas, como lo demuestran las evidencias científicas alejadas de la imposición de un único relato político y mediático oficial, no son peligro potencial transmisor para nadie.

Además que no pueden ni deben cargar con esa responsabilidad. Somos las personas adultas las que tenemos el deber ético, antropológico, histórico, biológico y humano de cuidar y proteger a ultranza a nuestros y nuestras menores. Y no lo estamos haciendo porque hemos invertido la ecuación exigiendo que sean ellos y ellas los que nos cuiden a ultranza. Y esta inversión histórica es nefasta para la evolución adecuada de la especie y comunidad humana.

El Diagnóstico del Sistema Educativo Vasco, presentado en junio de 2021 arroja algunos datos elocuentes ligados al tiempo pandémico. El 72,3% del alumnado se ha sentido más desmotivado para estudiar. El 65,4% del alumnado percibe que ha descendido su nivel académico. Con respecto a la percepción o sentimiento de tener más ansiedad o estrés el 28,8% del alumnado se siente poco identificado, el 18,5% bastante identificado y el 18,5% muy identificado. Estos datos tienen consecuencias funestas evidentemente en su autoestima y en su salud biopsicosocial. Los expertos y expertas en salud mental están constatando que la pandemia ha desencadenado en las personas más jóvenes más intentos de suicidios, tentativas y autolesiones, aumentando un 250% durante la pandemia. Y en esto las medidas adoptadas en las escuelas e institutos tienen mucho que ver, como viene narrado en algunos crudos y terribles testimonios recogidos en el *Informe de recopilación de testimonios reales de*

estudiantes, madres, padres, docentes y personal no docente sobre la experiencia vivida en primera persona con el protocolo general de actuación en su centro educativo durante el curso 2020-2021, elaborado por la Asociación para la Defensa del Estudiante (IDE-ADE). Narraciones, relatos y testimonios que no pueden ser entendidos como anecdóticos porque tienen el valor de ser veraces.

Escuelas e institutos se han convertido en un territorio hostil donde parte del profesorado no cumple su principal función de estar al lado, en contacto con el alumnado, en conexión permanente con sus necesidades primarias y profundas, con sus derechos. Y ha convertido la profesión en una panóptica vigilancia policial, en amenazas constantes, mensajes implícitos o explícitos repletos de ansiedad, sospecha, terror, advertencias amedrentadoras, en la búsqueda permanente de la obediencia del alumnado y de las familias, en una forma acrítica de las medidas impuestas por protocolos y planes de contingencia, en la imposición de normas y normativas (muchas demostradas ilegales). Han olvidado su función educativa lo mismo que algunos sanitarios y sanitarias han olvidado el juramento hipocrático médico y la máxima del *Primum non nocere*. Y están transfiriendo sus problemas personales y laborales adultos de miedo, temor, presión, estrés a una exigencia irresponsable antinatural hacia los niños y niñas, ocasionándoles daño, perjuicio y deterioro de su sistema inmunológico. Y de esta manera, además, ni se puede enseñar, ni aprender ni educar en los propios valores que el currículum escolar trata de desarrollar. Todo lo contrario. No están al lado de los niños y niñas, en el con-tacto importantísimo con ellos y ellas, con las insustituibles caricias, besos y abrazos, mirándonos al rostro completo, lo mismo que son importantísimos para la construcción de una mismidad sana de conocimiento recíproco el contacto físico permanente y sanador con el resto de los y las iguales, ahora impedido y sancionado. Será importante observar y analizar científicamente las repercusiones y consecuencias, con estudios serios y no interesados, de estas medidas en la salud, autoestima, identidad, formas de solidaridad y no competitividad en las niñas y niños, las formas de confianza en los y las demás, el necesario optimismo o alegría vitales para querer seguir viviendo con potencia e intensidad. En esa también somatización de la *escuelafobia* que hemos citado.

También esta situación ha reducido drásticamente la riqueza de las propuestas, el número de materiales de experimentación, exploración y juego por el miedo injustificado a un contagio a través del tacto en relación con los objetos o una obsesión enfermiza por la hiperhigienización, desinfección o limpieza, que tantas patologías de alergias y problemas inmunológicos ocasiona. Y sin materiales los niños y niñas ven reducidas sus posibilidades de juego espontáneo. Y esta sustracción o robo histórico provoca aburrimiento, falta de estímulos exploratorios, reducción de los momentos de juego. Y lo lúdico es una necesidad vital para estar sanos y sanas, y poder vehicular terapéutica y simbólicamente ansiedades, agresividades, irritaciones, frustraciones, conflictos, estrés. En esta situación se puede convertir peligrosamente en estrés crónico con consecuencias que duran toda la vida alterando permanentemente las conexiones neuronales, dificultando los aprendizajes, la plasticidad neural y favoreciendo los estados depresivos.

Los niños y niñas, de esta forma, no pueden ni escuchar ni sentirse escuchados, no pueden sentir el valor de la empatía y simpatía, tienen dificultades para activar sus neuronas espejo, no pueden aprender una lengua, particularmente una segunda o tercera lengua cuando la forma expresiva polisensorial de la misma queda mermada a una pronunciación mediocre por la imposición de las mascarillas. Harán falta muchos estudios pediátricos y logopédicos para comprender los retrasos del lenguaje y toda su relación neurológica con el pensamiento, para analizar las consecuencias de esta medida que impide que el lenguaje se perciba desde los movimientos de la boca, los labios, la percepción de la expulsión del aire, los gestos del rostro, la claridad de la dicción, la cercanía *contactual*... Y estas consecuencias son, sin duda, más graves en niños y niñas con dificultad de audición.

Todas estas, repetimos hasta la extenuación, innecesarias medidas injustificadas son perniciosas y generan personas enfermas. Solicitamos la retirada inmediata de las mismas y la investigación adecuada de las consecuencias y daños ocasionados en niños, niñas y jóvenes para articular las posibles medidas de reparación de dichos daños. Allí donde todavía se pueda. La escuela –la comunidad educativa- por su valor cultural, social y educativo no puede seguir siendo un lugar hostil, enemigo de la propia vida, de las relaciones, del placer de querer estar juntos y juntas, del

humanismo, de desear aprender, también con esfuerzo acompañado, desde los vínculos positivos, significativos, la confianza, el respeto, el con-tacto, la energía vital que, de tantas formas, expresan y quieren desarrollar todos los niños y niñas, desde su enorme y deseable diversidad. Y aquí todos y todas tenemos una enorme responsabilidad, que inevitablemente nos toca. Para decidir si queremos estar de parte de la vida de los niños y niñas, y por supuesto, de las demás personas de la comunidad educativa, o queremos mirar para otro lugar para volvernos ciegos o ciegas.

22 de octubre de 2021